

Enrique Sánchez Leal

Enrique Sánchez Leal pinta a Madrid aunque es malagueño, y aunque es malagueño y vive en Madrid, su pintura se hace universal, porque es el estilo y no los motivos lo que permite una adecuada ubicación en el contexto de la pintura contemporánea, que afortunadamente no es tan restrictiva como algunos nos quieren hacer creer defendiendo intereses bastardos. Porque la pintura de Enrique Sánchez Leal tiene -no podía ser de otra manera- las firmes bases de la pintura académica, esto es, la estructura, el dibujo, la armonía del color..., pero además los atributos que la evolución de los conceptos plásticos priman a una obra hecha con ambición y con sentido de la modernidad.

Si en la anterior exposición de Enrique Sánchez Leal, hace ahora unos dos años, vinimos a comentar su excelente disposición para desarrollar una pintura de corte impresionista, en la presente, en la madrileña Galería Rafael García, encontramos que, precisamente en esa evolución, el artista se ha hecho más sintético en la concepción y captación del paisaje, y ha acortado distancias entre la representación fiel del paisaje como realidad palpable para desligarla valientemente de elementos accesorios -que fue lo que ocu-

rrió en la transición del impresionismo al fauvismo, mas en este caso sin la violencia del color para, con pincelada no por suave menos certera y segura, dejar en el cuadro la impronta de lo fundamental que hace a la imagen reconocible sin más artificios que esa genialidad y maestría con que el artista viene a distribuir sobre el lienzo la materia pictórica y plasmar, de forma contundente cualquiera de los motivos mostrados.

Esto ocurre cuando un artículo siente la necesidad de expresar mediante representaciones

gráficas aquello que no sólo ve sino que también siente, y lo plasma en el lienzo siguiendo una personal interpretación. Así nos encontramos con la consecuencia de una obra que refleja su temperamento, ya que el Arte se origina en la reacción y análisis de la percepción frente al objeto, ante la causa, y es precisamente esta subjetivación la que hace que el artista venga a representarlo no como es sino como él lo ve.

Porque el Arte se alimenta de la necesidad de simbolizar el entorno real dentro de unas particulares concepciones que singularizan la realidad exterior mediante la reconstrucción imaginativa y el conocimiento de las normas establecidas para las relaciones, que son asumidas e interpretadas de distintas formas.

Estas condiciones premigenias se encuentran en la obra de Sánchez Leal, y nos inducen a clasificar las apariencias en términos de lo

ya conocido, pero sin concesiones a la vulgaridad; buscando la comunicación no sólo a través de las percepciones, sino también llegando al entendimiento de las representaciones.

El trazo del pintor es firme, utilizando la mancha como su más característica forma de expresión, y realizando una sabia composición de color, que ayuda a crear la ilusión objetivada de una atmósfera que determina espacios reales con límites sensibles a las percepciones.

Sánchez Leal siente predilección por los tonos grises que constituyen el sustento de la obra que nos ofrece, pero esto no quiere señalar la ausencia de otras gamas tonales que sabe igualmente combinar con habilidad para dar mayor realce al color básico y llegar así, de esta manera, a producir sensaciones ópticas donde la ensoñación toma carácter protagonista.

Su obra está realizada con autoridad, con



pasión también, y un sentido de verdad artística sin concesiones a la vulgaridad. Sánchez Leal busca y encuentra con ésta su grafía, comunicarse con el espectador mediante el hecho simple de la contemplación de su obra. No necesita explicar sus concepciones porque las deja hablar por sí mismas.

La dificultad de sus representaciones hay que buscarla en la sencillez de sus resoluciones, sencillez que nace y se cimenta sobre la base de un profundo conocimiento del oficio de pintar.

En este itinerario del Madrid visto por Enrique Sánchez Leal, encontramos la frescura de una nueva visión, tal como tal vez la hubieran representado, por ejemplo, Matisse o Derain, pero sin la violencia de sus colores, una interpretación en la que la pátina de aparente sencillez que le imprime su autor no significa otra cosa que la palpable demostración de la madurez de un artista que se encuentra actualmente en su más alto momento creativo.

Antonio Morale

